

cidental que viene y se extiende del mundo griego (el Asia próxima) hasta la última Thule que podría significar la Gran Bretaña. Esto podría geográficamente complementarse con ciertas reservas de extensión, como la de incluir en la cuenta el mundo aryo indio en el que reconocidamente ubica el mundo occidental su origen. Es sólo cosa de explicarse un poco.

Me viene un recuerdo. El empeño de los germanos del tiempo del *Sturm und Drang* (otros enamorados del autoctonismo como usted), de crear, para el arte sobre todo, un nuevo mundo, extra paganismo, y de pretender en el caso, sobreponer el Lied de los Nibelungos sobre la Iliada, por ejemplo. Yo he estudiado el poema bárbaro en su texto medio alto alemán y en la excelente traducción moderna de Simrock: pero confesando la enorme maravilla bárbara, yo he acabado rindiéndome ante la majestad pentélica y eterna del poema griego.

Ya Goethe encontró a su paso el mismo problema, y acabó también por rendirse ante la verdad y la necesidad: germano cuanto se quiera (y allí está su fuerza); pero greco-latino como aspiración y como educación,—allí está su victoria. Para nosotros el destino tiene que ser el mismo: americanos cuanto podamos, con alma libre y propia, y no con alma hispano-americana,—esa limitación suicida y triste; pero fatalmente occidentales, esto es, aryanos-europeos de cultura y de voluntad. Además, ¿está alguien seguro, definitivamente seguro, de que no hay vinculaciones prehistóricas entre el indio arya y el indio americano?—**Cuestion!**

Aclaremos esto de la exclusion de hispanismo y entendámonos. Si en España cuya lengua hablamos, existen elementos culturales (como seguramente hay) que respondan a esta necesidad de cultura universal, allí también beberemos como en fuente lícita; pero no será por otra razón que

la que nos mandase beber en fuentes francesas, italianas o alemanas. Nada de preferencias por razón falsamente sentimental y a priori. Queremos nuestra libertad de escoger fuentes y caminos. Queremos nuestra libertad de ir espiritualmente a España, o de no ir jamás a ella, según nuestro grado o nuestra necesidad. Por ejemplo, cuando yo desee una linfa latina, poderosamente latina, no será en España donde habré de buscarla. Lo que allí habré de procurar serán aguas propias y especiales de arabismo tamizado a través del alma e historia castellanas, cosa que jamás encontraré en la grande Italia latina, por mucho que al gigantesco Dante se le hubiesen descubierto orígenes e influencias árabes. Vea usted, mi querido Casanovas, qué estudio interesante sería el que, tratándose de latinismo, fuese a investigar la suma de esa herencia y cultura que aún queda en dos naciones llamadas indistintamente latinas, — España y Francia. Seguro que tal estudio nos daría más de una sorpresa y más de un desengaño que usted ya está vislumbrando desde aquí. Pero pasemos.

El problema tocante a lenguas y concreto en polisintetismo americano frente al flexionismo aryanos, en mi sentir no está aun resuelto ni hay la última palabra científica sobre el asunto. Yo puedo decir a usted que del sanscrito de Panini al aymará de Bertonio (los dos más grandes gramáticos conocidos) puede llegar a transverberarse más de un puente estupendo y salvador. Dejemos el punto como muy ajeno al motivo de esta carta.

Hay que señalar una de las flaquezas que afecta la manía a priori de hacer arte americano a fortiori. Hay que notar cómo los grandes productos de la naturaleza, cómo el arte (arte griego, arte maya, arte egipcio), no son la obra voluntaria de un hombre o una raza, pero si la obra